

Cuando el paraíso está solo a un impulso de distancia...

NOEMÍ QUESADA



kamadeva

Noemí Quesada

LA CHISPA ADECUADA

NOEMÍ QUESADA

*la chispa
adecuada*



kamadeva

© Noemí Quesada
© Kamadeva Editorial, octubre 2020

ISBN papel: 978-84-122428-0-5
ISBN ePub: 978-84-122428-1-2

www.kamadevaeditorial.com

Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
Tel: 912904490
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid



Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Ars longa, vita brevis
(El arte es largo, la vida breve)
Hipócrates (460-357 a.C.)

Índice

[Cabeza de medusa](#)
[Roma](#)
[Alex](#)
[Noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno](#)
[Mi propio Panteón](#)
[¿Destino o casualidad?](#)
[Bien de Martinis](#)
[\(Alex\)](#)
[Fuera de lugar](#)
[Kuya](#)
[La playa](#)
[Acercamientos](#)
[\(Alex\)](#)
[El salón principal](#)
[Una mota de polvo en el cosmos](#)
[La curiosidad mató al gato](#)
[Terapia de choque](#)
[La inmensidad sobre mi cabeza](#)
[Querer versus deber](#)
[En la boca del lobo](#)
[\(Alex\)](#)
[Baño nocturno](#)
[La subjetividad de la imposibilidad](#)
[Huida](#)
[\(Alex\)](#)
[Inexorable](#)
[Humanos y culpables](#)
[Matices](#)
[Haz algo, lo que sea](#)
[La carta de la discordia](#)
[Un sitio neutral](#)
[\(Alex\)](#)
[Aquí y ahora](#)
[¿Segundas oportunidades?](#)
[La prueba](#)
[Apuesta final](#)
[\(Alex\)](#)
[Epílogo](#)
[Más sobre este libro](#)
[Sobre mí](#)

Cabeza de medusa

El mar. Siempre he pertenecido a él. Como si en otra vida hubiese sido un delfín, una sirena o una de esas algas que permanecen inertes al paso del tiempo, dejándose mecer por las mareas. Ahora está en calma, contrastando de pleno a cómo se encuentra mi vida, pero es justo lo que necesito. El atardecer es mi hora favorita, apenas queda gente en la playa, la brisa marina me acaricia la piel y la paleta de colores, que va desde el dorado hasta el violeta, es todo un deleite para la vista. Leí una vez que hay un tipo de medusa que cuando completa su ciclo, en lugar de morir, regresa a su estado primigenio y vuelve a nacer. Así un ciclo tras otro, tras otro... Son los dinosaurios del mar, solo que ellas sí han sobrevivido. Allí abajo todo sobrevive. Saber que tenemos más información del espacio exterior que de las profundidades marinas es, cuanto menos, inquietante. Y apasionante.

Aún se me anudan las tripas al recordar la difícil decisión que tuve que tomar en el instituto. ¿Ciencias o letras? ¿El arte o el mar? ¿Por qué nos obligan a tomar ese tipo de decisiones con apenas dieciséis años? Cuando descubrí la *Medusa* de Bernini, sentí que estaba en presencia de la fusión perfecta, la cúspide de mi placer sensorial. Aquella escultura que tuve el privilegio de admirar en los Museos Capitolinos de Roma me provocó tal escalofrío que aún lo recuerdo. Esa cabeza enorme de mirada inexistente y a la vez tan desgarradora, tan expresiva, con tanta fuerza. Las serpientes a modo de cabello parecía que ondeaban bajo el mar, casi las podías ver danzando al compás de la marea. Pensar que antes de eso tan solo era un trozo de piedra es algo sobrecogedor. Creo que fue en ese momento cuando lo

supe, aunque no fui consciente hasta mucho después. A día de hoy sigo preguntándome si tomé la decisión acertada, porque mi corazón siempre estará dividido entre estas dos.

Creo que lo primero que me interesó fue el mar, seguramente las novelas de Julio Verne tengan parte de culpa. Después descubrí los documentales sobre fondos marinos y me pasaba las horas muertas fantaseando con que me creciera una enorme cola de sirena o algo parecido con lo que poder surcar los mares. En verano me empeñaba en aguantar debajo del agua el máximo tiempo posible, tanto, que a veces sentía como si estuviera a punto de desmayarme. También intentaba sumergirme, saltar y hacer giros imposibles, creyéndome delfín. Por supuesto, mi limitado cuerpo humano no llegaba ni de lejos a algo que yo considerara aceptable, pero disfrutaba como la que más.

Más tarde en el instituto descubrí el arte, aunque para ser exactos, fue mi profesora Madeleine quien se encargó de mostrármelo. A mí siempre me había interesado la cultura romana, griega, la escultura, la pintura, pero fue ella, a través de sus ojos, de sus palabras, a través de su pasión quien logró contagiarme. Ella sentía el arte, lo podía ver corriendo por sus venas, sus ojos brillaban, su voz temblaba cuando nos contaba alguna anécdota o describía algún cuadro o escultura. Yo solo podía escuchar boquiabierta mientras se me erizaba todo el vello del cuerpo. Aquella profesora y sus clases me calaron tan hondo que me licencié en Historia del Arte y a día de hoy, trabajo como guía en el Museo del Prado de Madrid. No ha sido fácil ni rápido llegar hasta aquí. He pasado muchos años con trabajillos, yendo de aquí para allá, sobreviviendo como podía, hasta que la suerte se cruzó en mi camino y conseguí el puesto con el que siempre había soñado. Y nada más y nada menos que en El Prado. Entonces, ¿por qué después de cinco años siento que ya no me llena? ¿Qué me está pasando?

—¿Sí? —contesto al móvil sin mucha energía, todavía metida en mis pensamientos.

—¿Cómo que «sí»? Soy tu mejor amigo, ¿lo recuerdas?

—Y por si acaso sufro una pérdida de memoria repentina, ya te encargas tú de recordármelo...

Cam. El excéntrico, chispeante y adorable amigo gay sin el que no sabría vivir. Fue verle el primer día de universidad, con sus pantalones rosas ajustados y una piel chocolate que brillaba como ninguna otra, y saber que nos íbamos a llevar bien. Hubo una conexión inmediata, algo fruto de la simbiosis como nos gusta decir. Somos los simbióticos, muy diferentes pero parecidos a la vez. No había pasado un mes de clase cuando nos fuimos juntos a taladrarnos la nariz como si fuésemos dos vacas molonas. Nunca me perdonará que, tras ver cuánto le dolió, yo no me atreviera a hacérmelo. Él luce desde entonces el septum que yo siempre he deseado, pero me temo que, a mis treinta y dos años, ya jamás me lo haré. Además, he de reconocer que a él le queda que ni pintado y va mucho más con su estilo.

—Al habla, conectando desde Madrid. ¿Está por ahí Emma? ¿Emma? ¿Emmita?

—Que no me llames Emmita —contesto lentamente sin separar los dientes.

—Sabía que eso iba a funcionar, ¡siempre funciona!

—Te odio. ¿Para qué osas interrumpir mi puesta de sol?

—¡Ay! Perdona, cari, se me olvidaba que es tu hora bruja frente al mar. ¿Has escrito ya tus deseos en un trozo de papel y le has prendido fuego? —se mofa.

—Aún no, pero me estoy planteando seriamente hacerlo. Creo que voy a tener que recurrir a la magia para conseguir que todo recobre el equilibrio de nuevo.

—Cariño, déjame que te diga que eso que tú llamas «equilibrio», para ti es sinónimo de «trabajo».

Sé que está haciendo el gesto de las comillas con los dedos porque siempre que lo hace la primera sílaba de la palabra suena mucho más aguda que el resto. Hasta ese punto nos conocemos.

—Estoy harto de decírtelo, no puedes basar tu vida en un trabajo que, por mucho que te guste, no lo es todo. ¿Y tu vida amorosa? ¿Y tus momentos de ocio?

Ahí está, mi pepito grillo particular haciendo que se me amargue la saliva con tan solo unas palabras. Tiene razón, me repatea, pero lo sé. Eso sí, antes muerta que reconocerlo en voz alta. A veces somos como una pareja de enamorados y otras como un matrimonio que está harto de verse la cara. Yo tengo más mala leche que él, aunque eso no es difícil, ya que Cam es como un osito de peluche al que solo quieres achuchar, al que acudes cuando necesitas mimos, unas palabras de ánimo y también, cuando quieres pegarte una buena fiesta, ya sea yendo de bares o haciendo maratón de series en casa.

—¿Y tu vida amorosa? ¿Y tus momentos de ocio? —repito con voz grave en tono de burla. Así de absurda soy, mi mente no da para más.

—Puedes hacer la payasa todo lo que quieras, pero ambos sabemos que tengo razón.

—Jamás.

Le oigo resoplar, pero por suerte, Cam sabe cuándo detener su diarrea verbal.

—Bueno, solo llamaba para que me contaras qué tal tu escapada a la playa. ¿Has ido a esa de Valencia que tanto te gusta?

—Sí, estoy en El Saler, haciéndome polvo las neuronas.

—Típico de ti. Y luego soy yo la dramática, manda huevos. La próxima vez me voy contigo y lloramos juntas frente al mar como La Sirenita. Cuánto daño han hecho las princesas Disney, mi amor.

—Cameron, cariño, tú eres la reina entre todas las princesas Disney, ¿qué me estás contando?

—¡Ja! Dudo mucho que una princesa Disney tenga lo que yo entre las piernas —ríe de forma maliciosa, contagiándome—, que, por cierto, a Pedro le ha encantado —susurra con su voz más sensual.

Sí, la próxima vez debería venir conmigo porque siempre sabe arrancarme una carcajada, pero cuando necesito pensar, prefiero venir a la playa en absoluta soledad.

—Eres lo peor. ¿Cuántos años tiene el tal Pedro?

—Suficientes para que no sea delito. Qué le voy a hacer, me gustan jovencitos —canturrea.

—No tienes remedio, pero ya sabes que así las posibilidades de encontrar a alguien que reúna tus condiciones se reducen bastante.

Me arrepiento de inmediato de mis palabras. La sombra de Roberto, alias el *Intermitente* le sigue acechando y sé que es un tema del que no debo hablar. A él le sigue doliendo demasiado y para colmo, el otro no le deja tranquilo. Cuando parece que Cam empieza a levantar cabeza, el Intermitente vuelve prometiéndole el oro y el moro. Es de locos y muy injusto para alguien que quiere rehacer su vida y pasar página. Roberto es diez años mayor que Cam, lo que es curioso porque siempre le han gustado los jóvenes, pero lo suyo fue una flecha de esas que no te esperas, directa al corazón. Me pregunto si existirá el punto final en esta historia o siempre serán dolorosos puntos suspensivos.

—Lo sé, lo sé. Por lo visto el compromiso está pasado de moda, pero mientras tanto me divierto. Si hay alguien por ahí para mí lo encontraré, y si no...

—Moriremos juntos, tú y yo, rodeados de gatos y cantando canciones cutres antiguas —interrumpo acabando la frase por él.

—¡Oh, ¡qué bonito! La idea me seduce, pero espero por nuestro bien que no lleguemos a eso. Si llegamos, será Carol, con su marido perfecto y sus tropecientos hijos, quien nos traiga la comida congelada una vez por semana, así nos ahorraremos el cocinar. ¿Qué te parece?

Nos despedimos sin añadir mucho más, dándole vueltas a lo último que ha dicho, pudiendo ver la imagen en mi mente como si fuese algo real que ya ha sucedido. Tengo que llamarla. Quedamos en que hablaríamos a final de semana, pero con lo de la escapada exprés se me ha pasado por completo, aunque bueno, ella siempre está súper liada con su futuro marido haciendo planes, así que tampoco creo que me eche demasiado de menos.

Formamos una piña con Carol a mitad de curso. Ella acababa de incorporarse por un problema que tuvo con su anterior carrera y Cam la acogió transformando nuestra pareja en un trío. Sus palabras exactas fueron: «Cari, ni de

coña me quiero ver entrando en una clase a mitad de curso, sin tener ni idea de nada y sin conocer a nadie. Tenemos que acogerla en nuestro seno, dejarle todos los apuntes y enseñarle los mejores bares».

Eso, señoras y señores, es la empatía en todo su esplendor y ahí me terminé de enamorar platónicamente de él. Carol encajó con nosotros en cuestión de minutos y desde entonces siempre hemos sido tres, aunque hace ya cosa de cuatro años que conoció a su príncipe azul, tal y como a ella le gusta decir. No es que nos hayamos distanciado, pero entiendo que prefiera hacer planes de novios y pasar el mayor tiempo posible junto a él. Además, Martín le pidió matrimonio el año pasado, así que nos encontramos en momentos muy diferentes de nuestras vidas, por lo que Cam y yo mantenemos una relación más del día a día y con ella cuesta algo más encontrar el momento.

Pongo en marcha el motor de mi viejo Renault Clio y preparo mi música favorita para volver a la realidad en poco más de tres horas. Adoro conducir. Mi coche, la carretera, la música... Es mi burbuja, mi momento feliz. Tengo un CD de clásicos del rock internacional y no veo el momento de subir al coche para cantar a gritos hasta quedarme afónica. Creo que por eso voy tan a menudo a la playa. La primera terapia es conducir cantando y la otra, pensar frente al mar. Normalmente siempre funciona, pero esta vez la escapada se me ha quedado corta o quizá es que el lío que tengo en mi cabeza es demasiado grande. Se me hace un mundo volver a Madrid. Me entran ganas de llorar al saber que mañana es lunes y tengo que volver al museo. ¿Por qué? ¿En qué momento he dejado de amar mi trabajo? Cuando estoy estresada la playa lo arregla todo, vuelvo renovada, con ganas de volver a mi vida. Pero esta vez la cosa va a peor.

—Hola, Carol. Sé que prometí llamarte, pero me he escapado a la playa y justo acabo de llegar —le digo tirándome sobre la cama como si fuera un bote salvavidas.

—¿Problemas en la azotea?

Carol es mujer de pocas palabras, pero siempre acertadas. Es el lado opuesto de la balanza, dándole al trío el equilibrio perfecto. A un lado estaría Cam, un espectáculo de tío en todos los sentidos. Al otro lado, Carol, mucho más comedida, clásica y neutra. No le gusta destacar, no tiene ninguna manía rara y es lo que se conoce como una persona normal y corriente, aunque yo eso de la normalidad no lo acabo de ver. Y, por último, en el centro de los dos, una servidora, que lo mismo me entra la vena loca de Cam, que me da por no hablar y esconderme del mundo. Supongo que soy la más veleta, que depende hacia dónde sople el viento, me dejo llevar.

—Pues sí, Carol, problemas en la azotea, cómo no.

—¿Qué ocurre?

—Pues que ya no sé ni lo que quiero. No tengo ganas de volver al museo, no tengo ganas de estar en Madrid...

Cojo aire y resoplo como si así pudiera expulsar la desazón.

—Creo que deberías volver.

—¿Volver a dónde? —arrugo el entrecejo.

—A Roma. Siempre vas cuando necesitas reconectar con el arte y hace demasiado que no te dejas caer por allí.

Me quedo pensativa unos segundos.

—¿Cuánto hace desde que fui la última vez?

—Cinco años —contesta de inmediato—. Fue justo antes de entrar en el museo, ¿recuerdas?

—Necesito tu memoria —digo intentando recordar.

Cinco años ya. ¿Cómo es posible?

—Me contaste que fuiste por primera vez en el viaje de fin de curso de tu instituto. Luego fuimos los tres al acabar la carrera y después has ido dos veces más tú sola. Primero cuando no encontrabas un trabajo que te gustara y después cuando por fin lo encontraste. Roma siempre te ayuda a poner las cosas en su sitio.

—¡Eres tan inteligente! Para ser rubia, ya me entiendes —bromeo.

—Lo sé, debo de ser una excepción, pero bueno, tú no te rías mucho porque de castaño a rubio oscuro tan solo hay

unas mechas —se ríe—. Entonces que, ¿te podrás coger unos días de vacaciones?

—Sí... Supongo que no habrá problema, ahora en febrero no hay demasiado trabajo.

—Pues hazlo, Emma, de verdad creo que te irá genial. Yo quiero volver, pero esta vez con Martín. Enseñarle la ciudad, comer pizza... Ay, ¡lo pasamos tan bien! ¿Te acuerdas?

Cómo iba a olvidar el primer viaje que hacíamos Cam, Carol y yo, con nuestra carrera recién aprobada, rumbo a la ciudad eterna. Estábamos llenos de ilusiones, de esperanzas, de sueños. Llenos de esa energía propia de la juventud, unidos por algo que sabíamos que sería para siempre. Nos reímos tanto que recuerdo que los tres acabamos con agujetas en la barriga.

Uno de los momentos más divertidos del viaje fue bajando las escaleras de la cúpula de la Basílica de San Pedro en el Vaticano. Había comenzado a llover y hay un tramo con escaleras metálicas que queda al descubierto. Le dije a Cam que tuviera cuidado porque sabía que era dado a ese tipo de accidentes resbaladizos. Carol y yo ya habíamos terminado de bajar escaleras y habíamos salido a la terraza cuando oímos un estruendo detrás de nosotras. A la vez, miramos para las escaleras y vimos aparecer las piernas de Cam y después, un grito de dolor seguido de una sarta de palabrotas que hizo escandalizar a todos los presentes. Carol y yo estallamos en tal ataque de risa que aún no me creo que no nos echaran de allí. Cam, con sus pantalones verdes mojados hasta el culo, maldiciendo y despotricando a pleno pulmón en uno de los lugares más sagrados del planeta. Fue algo épico.

—Sí, claro que me acuerdo —vuelvo a la conversación dejando escapar una risita.

—Pues lo dicho, cuando sepas lo que vas a hacer me cuentas, ¿vale? Ahora tengo que dejarte que estamos a punto de entrar al cine.

—¿Qué película vais a ver?

—Ni idea. Como en casa siempre soy yo la que elige, dejo que Martín me sorprenda cuando venimos al cine. Espero

que no sea de esas de coches o de peleas...

—¡Suerte, entonces!

Ay, Carol, qué fácil lo has tenido, «japuta». No estarás trabajando en nada relacionado con el arte, pero tienes un trabajo inmejorable como contable en la librería de tu padre. Conociste a Martín cuando comenzó a ser cliente de la librería y entre libros surgió el amor. Cuatro años de relación y te pide matrimonio en tu restaurante favorito de la ciudad. Habría pagado por ver tu cara ante tal espectáculo, con lo poco que te gustan las salidas de tono, pero claro, esa te encantó. Tú siempre has sido de casarte, formar una familia y envejecer juntos. Y así, como si hubieras frotado la lámpara del genio, deseo concedido. No sé dónde debe de estar esa lámpara, pero si yo la encontrara, la frotaría hasta quedarme sin huellas dactilares.

¿Qué pediría? No quiero un novio, estoy escarmentada con los hombres. Tampoco un trabajo mejor, el mío me gusta solo que... ¿Dinero? Tampoco es que yo sea muy ambiciosa. Salud, sí, eso siempre es importante... No puedo ser más cutre, una lámpara mágica, tres deseos y no se me ocurre nada importante que pedir. Carol tiene razón, necesito esas vacaciones.

Roma

La última vez que estuve en Roma hizo tanto calor que me dije a mí misma que nunca más volvería en verano. Estamos a principios de marzo y lo máximo que he podido conseguir ha sido una semana de vacaciones. No es gran cosa, pero creo que será suficiente. Esta vez me alojo en un apartamento situado justo enfrente de la *Fontana di Trevi*. Para su inmejorable ubicación no es excesivamente caro, supongo que se debe a que es un minúsculo quinto piso con unas enormes escaleras de piedra que me van a poner el culo como el de *El David* de Miguel Ángel. Massimo, el casero, ha sido muy amable dándome diferentes planos de la ciudad, recomendaciones de restaurantes y demás, pero yo ya tengo claro lo que voy a hacer primero.

Piazza Navona, tal y como dicta la tradición. Para mí es el lugar perfecto para sentir de lleno la ciudad. El palacio, la iglesia, La Fuente de los Cuatro Ríos y un helado de chocolate del sitio de siempre. Los helados de Roma son lo mejor de este mundo y probablemente, el paraíso, si es que existe, esté lleno de ellos. Una eternidad comiendo pizzas y helados y sin engordar ni un gramo, eso sí que sería el paraíso. ¿Otro paraíso? Poder tener uno de estos cafés italianos a mi disposición, cómo y dónde yo quiera. Siempre vengo a la misma cafetería, me pido un *espresso* y me siento a degustarlo mientras observo a la gente. Trato de que me dure lo máximo posible, pero es inevitable acabármelo en dos tragos. La cafetería debe de ser de las más antiguas de la ciudad, está decorada en tonos blancos y dorados, tiene un enorme mostrador de helados y siempre está a rebosar. Sé que es de las buenas porque los romanos vienen aquí a tomar su café, siempre de pie junto a la

barra. Los turistas, en cambio, preferimos tomarlo sentados. Te cobran algo más, pero merece la pena.

A mí lado hay una mesa de chicos, deben rondar los veintitantos o treinta. Son tres, pero se ve claramente quién lleva la voz cantante. El rubio con ondas surferas y ojos azules. Es el típico chico que aparece en los anuncios a la orilla del mar con su tabla de surf y una sonrisa que brilla más que el sol. Están hablando de un nuevo deporte acuático que no me suena ni de lejos. Por lo visto les tiene ganas a las aguas de Australia, pero primero quiere descubrir algunas islas de Indonesia. Los otros dos lo miran como obnubilados y no me extraña. No solo es su cara o su sonrisa, es el aura que desprende. Tiene lo que se conoce como carisma, algo atrayente que le surge de manera tan natural que es imposible no mirar. Mi rostro reflejado en el espejo que tengo enfrente me hace levantarme de un salto y poner rumbo hacia la calle como quien huye del hombre del saco. Al parecer, yo tenía la misma mirada bobalicona que sus amigos, pero por suerte, ellos ni han reparado en mí.

Me paso los dos días siguientes visitando los típicos monumentos, desde el Coliseo y el Foro Romano, hasta el Castillo de *Sant' Angelo*, que se puso de moda por aparecer en la película de *El código Da Vinci*. Por supuesto, la subida a la claustrofóbica cúpula del Vaticano es visita obligada y no puedo evitar reír al recordar el patinazo de Cam.

No tengo ningún problema con viajar sola, al contrario, me encanta pasear a mi aire, observar a los romanos, los turistas, impregnarme del olor a albahaca, mozzarella, café... Por las noches antes de dormir, me quedo mirando la *Fontana* desde mi ventana hasta que se me cierran los ojos. Es uno de los monumentos más impresionantes que existen. Recuerdo cómo me cortó la respiración la primera vez que lo vi. Aún me la sigue cortando, pero las primeras veces solo ocurren una vez. El arte es tan subjetivo, tan impresionante, tan bello. Por eso lo elegí o por eso me eligió él a mí; al fin y al cabo, uno no elige lo que le gusta, simplemente lo disfrutas y te hace feliz.

—Cari, ábrenos la puerta —canturrea Cam al otro lado del teléfono.

—Eh... ¿qué puerta?

—El enorme portón de color azul que tengo delante, estoy deseando darme una ducha.

—Dime que estás delirando o que lo estoy yo, porque no entiendo nada.

—Venga, ábrenos, ¡tenemos hambre! —oigo gritar a Carol.

—No me lo puedo creer. ¿En serio estáis aquí?

Salto de la cama y me apresuro a apretar el botón que abre la puerta, sin estar segura de si estoy soñando. Cam quejándose de las enormes escaleras y Carol quejándose del peso de la maleta son la irrefutable prueba de que realmente están aquí.

—¡Sorpresa! —gritan al unísono.

—¡Pero estáis locos! ¿Qué coño estáis haciendo aquí?

—Queríamos revivir nuestro primer viaje, ¡hace tanto de eso! —me abraza Carol para después dejarse caer sobre la cama.

—¿Y ese flequillo? Te queda genial, pero me sorprende que salgas de tu corte clásico de siempre.

—Me apetecía cambiar —contesta como si no fuese un gran cambio para ella.

—Mi amor —interrumpe Cam—, lo de los italianos es para volverse loco. ¿Has visto que elegancia? Parecen salidos de un anuncio de perfumes. Necesito uno en mi vida. ¡No! ¡Mejor dos!

—¿Pero tú no estabas con el tal Pedro?

—¿Qué Pedro ni qué Pedra? Nada, nada, de aquí vuelvo con un italiano como que me llamo Cameron Martínez Pons.

Carol y yo no podemos evitar reírnos, como cada vez que pronuncia su nombre completo. Entre el nombre inglés, el apellido que no puede ser más español y que es negro como el chocolate más puro, no me extraña que él haya resultado ser una mezcla de lo más ecléctica.

—Venga, nos pegamos una ducha y nos vamos de marcha. ¿Conoces algún sitio que merezca la pena? —pregunta

levantando los brazos al ritmo de una música que no existe, dejando claro que tiene gana de fiesta.

—Como puedes ver, señorito Martínez, estoy en pijama. Ganas, lo que se dice ganas de juerga, como que no tengo.

—Un pijama anti-morbo total, por cierto, que hasta tiene pelotillas —dice despegando algunas de ellas mientras Carol se ríe como una hiena.

—¡Oye! ¡Que es mi pijama favorito! Son bebés de medusa —digo tratando de hacerlo atractivo.

—Es el mejor anticonceptivo que he visto hasta la fecha, así que ya estás metiéndole fuego y pintándote los labios de rojo putón. Carol, ¿qué me dices? ¿Verdad que quieres conocer la noche romana?

Carol, con su típico gesto de ojos en blanco, mirada al cielo y aplausos casi sordos a toda velocidad, se suma al carro de Cam.

—¡Fiesta, fiesta, fiesta, fiesta!

Los dos hacen un ridículo baile y repiten la palabra «fiesta» hasta que deja de tener sentido. Cuando estos dos se alían, sé que no tengo nada que hacer, así que me quito el pijama y me pongo lo más decente que llevo en la maleta: unos vaqueros y una camiseta negra. Ellos se pegan la ducha más rápida de la historia y al mirar el reloj compruebo que apenas son las diez de la noche y yo ya pensaba meterme en la cama. ¿Se puede ser más deprimente?

Alex

Cam ha tardado menos de una hora en ligar con un rubio de pelo largo y metro ochenta. Así es él. Carol está desatada, cosa que me extraña un poco, pero supongo que será por la emoción del viaje.

—¿Qué opina Martín de que hayas venido sin él? —grito junto a su oreja debido al excesivo volumen de la música.

Carol se encoge de hombros y sigue bailando sin contestar a la pregunta. Mi sexto sentido me dice que aquí pasa algo, pero sé que no es el momento de indagar.

—Me alegro tanto de que estemos juntos —les digo una vez que Cam ha vuelto—. Deberíamos hacerlo más. Tendríamos que juntarnos los tres, mínimo una vez por semana. Te echamos de menos, Carol. Ya no es lo mismo de antes.

Mi ataque de euforia y sinceridad deja claro que ya he bebido de más.

—Lo sé, chicos, perdonadme, es que... En fin, estoy muy liada, ya sabéis... Pero ahora estamos aquí que es lo que importa, ¿no?

Cam alarga los brazos y nos funde en un abrazo reparador en el que no hay gente, ni música, ni ningún tipo de problema. Solo dura unos segundos, pero es como volver a la etapa universitaria en la que todo eran fiestas, risas y felicidad.

—Os quiero, chicas. Ojalá siempre estemos juntos.

—Lo estaremos, no vais a deshaceros de mí, así como así —contesta Carol como hablando para ella misma.

—Ese chico me suena... —pienso en voz alta.

—Toma, ya está la otra rompiendo la magia —se separa bruscamente Cam.

—¿Qué chico?

No he podido evitarlo, mientras ellos se deshacían en elogios y amor, mi mirada ha ido más allá de sus cabezas y se ha topado con alguien que ha llamado mi atención. ¿De qué lo conozco?

—El rubio. ¡No miréis! — les advierto mientras me doy la vuelta y me quedo de espaldas a él.

—¿Puede saberse de qué conoces a tal elemento, cari? — me interroga Cam mientras él y Carol me miran expectantes.

Tras unos segundos, logro recordar. Es el surfero de la cafetería, solo que con vaqueros y camisa me ha costado reconocerlo.

—Nada, lo vi sentado en una cafetería con sus amigos el otro día —digo sin querer darle importancia.

—¿Solo eso? ¿No hablasteis ni nada?

—No. Estábamos mesa con mesa, pero él ni siquiera me vio.

—Pues... viene hacia aquí —me susurra Carol mientras me sujeta del brazo.

—¿Cómo?

Antes de que pueda contestarme, ambos se apartan y una mano se posa en mi cintura. Me tenso como un palo y el surfero se planta frente a mí.

—¿Miras así a todo el mundo? ¿No sabes que es de mala educación?

—Perdona, ¿te conozco? —trato de hacer como que no sé de qué habla.

—Te vi el otro día en la cafetería. ¿Sabes lo incómodo que es tratar de mantener una conversación mientras una persona ajena te escudriña con la mirada?

Creo que mi boca llega al suelo y mis ojos están a punto de salirse de las órbitas, como si fuera un dibujo animado. Intento decir algo que esté a la altura o algo ingenioso; por lo menos debería intentar defenderme, pero estoy completamente noqueada.

—Vale.

Él arruga el entrecejo interrogándome con la mirada.